Donde los hombres llevaban sombrero

Iñaki Martínez

DESTINO

Donde los hombres llevaban sombrero

Iñaki Martínez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1434

© Iñaki Martínez, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-233-5389-7
Depósito legal: B. 7.759-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Al desembarcar y escuchar las primeras palabras de los habaneros, Joan Alison advirtió que, pese a aquel acento cantarín que escuchaba por doquier, su castellano —aprendido en Tánger— aún estaba intacto. Además, en las últimas semanas lo había refrescado gracias a las clases particulares de un profesor de español que había encontrado a través de un anuncio de periódico.

El puerto de La Habana estaba atestado de viajeros y de familiares y amigos que despedían a los viajeros, de empleados que se encargaban de los trámites de aduana y de maleteros que se desplazaban de un lugar a otro vestidos con una bata azul.

Hacía un calor intenso que solo la brisa atenuaba. Algunos vendedores ambulantes ofrecían emparedados en bandejas cubiertas por un paño blanco a los viandantes. Otros, voceaban guarapo —el popular zumo de caña de azúcar— o sodas frías de las marcas Coca-Cola, Jupiña y Materva.

Le llamó la atención un fortísimo olor a mar, a salitre, un olor que no la abandonaría durante su estancia en la ciudad.

Un Ford descapotable rojo la esperaba en el puerto. Lo había enviado el hotel Nacional, donde la productora le había reservado una suite de lujo con vistas al Morro, el faro que iluminaba la bahía de La Habana. El chófer,

un hombre de mediana edad, miraba por el espejo retrovisor con cierta insistencia. Ella lo correspondía.

—*American?* —preguntó él, al fin.

—Sí —respondió Joan con una sonrisa.

—*First time in La Habana?* —dijo él.

—Puede hablarme en español.

—*Okay*, señorita. Si necesita un chófer para su estancia, cuente conmigo. Poseo licencia de la municipalidad, lo que no pueden decir muchos otros que le enseñarán un carné falsificado. No soy ningún haragán y trabajo día y noche. Y podría manejar mi máquina con los ojos cerrados —dijo. El conductor continuó hablando—: ¿Qué viene a hacer a La Habana? ¿Le espera su esposo? Si no le importuna la pregunta...

Joan no se molestó.

—A escribir. A eso vengo.

—Aquí hay mucho de lo que escribir, se lo aseguro.

—¿Sí?

—Ahí tiene a esos maleantes que botan octavillas contra nuestro presidente y escriben en las paredes. Esos estudiantes que van a la universidad a revolver a sus compañeros.

—¿Y sobre qué otra cosa se puede escribir? —preguntó Joan.

—Puede escribir sobre el presidente, es el mejor que hemos tenido en años.

—¿Y no le molesta que haya dado un golpe de estado?

El hombre adoptó un gesto de extrañeza.

—¿Molestarme? No, eso solo molesta a los comunistas. Nuestro presidente en un gran hombre... de hecho, el pueblo lo llama el Hombre. Hizo lo que tenía que hacer, cumplió con su deber.

—Entiendo. Veo que usted lo admira.

—¡Claro! Como todos los cubanos.

Con los años, Joan Alison había aprendido a desconfiar de los taxistas. Sabía que en muchas ciudades solían ser confidentes de la policía. No en vano, el permiso de

actividad dependía de una autorización administrativa. Estaba segura de que ese era el caso de Evaristo, así que decidió no insistir en el asunto.

Poco después, llegaron al hotel. Un empleado subió sus tres maletas a la habitación 157 del hotel Nacional. La estancia, que era bastante amplia, tenía un salón comedor y una habitación con una cama *king size* espléndida para el amor. Y aquellos balcones le permitirían contemplar la bahía.

Joan dedicó sus primeros días en La Habana a deambular a solas por la ciudad. Se levantaba temprano, desayunaba en los jardines del hotel unas tostadas con mantequilla, una orden generosa de papaya y dos cafés cargados. Fue durante aquellos ratos, de buena mañana, cuando empezó a enamorarse del aroma del café de Cuba recién tostado. Nada más apurar el último sorbo, se ponía en marcha.

Ya entonces le llamaron la atención la belleza y la esbeltez de los cuerpos de buena parte de los habaneros. «Muy guapos», se dijo a sí misma. Adoraba contemplar sus anchas espaldas y el color dorado de su piel. Adivinaba en ellos unas piernas bien formadas y se maravillaba de sus flequillos rebeldes, que les caían sobre la frente.

Ellas, por su parte, no se quedaban atrás. Pocas veces había visto mujeres con aquellas curvas y con unos pechos tan hermosos, que a duras penas se escondían bajo aquellas camisolas de botonadura ajustada. Muchas lucían unas caderas muy pronunciadas, cabelleras largas azabaches y unos cuellos muy estilizados.

Al cabo de unos días se decidió: Era el momento de empezar a trabajar. Por ahora no necesitaría máquina de escribir. Para las primeras notas, se arreglaría con un bolígrafo y unos cuantos cuadernos. Adquirió todo lo necesario en La Moderna Poesía, la librería de la calle Obispo, y se dispuso a comenzar su trabajo. Dudó entre

hacerlo en alguna de las terrazas del Prado o en la de su hotel. Finalmente, se decidió por la terraza del hotel Inglaterra, en la esquina de Prado con Neptuno.

Durante aquellos primeros días de escritura, su momento preferido era entre las cinco y las siete de la tarde. Así, mientras tomaba notas, podía contemplar a los viandantes. Ellas llevaban zapatos de tacones y vestidos cortos —hasta la rodilla— y ceñidos de cintura, lo que resaltaba sus bien formadas caderas. Para su sorpresa, en aquel frío enero de 1953, algunas mujeres llevaban una chaqueta corta de piel del mismo corte que solían lucir las de la Quinta Avenida de Nueva York. Ellos solían llevar trajes cruzados, sombrero y zapatos de punta, a menudo de dos colores. También se maravilló al toparse, en varios cafés del Prado, con orquestas formadas íntegramente por mujeres: ¡Qué era aquello! ¡Trombones, clarinetes, violines, contrabajos, timbales y güiros!

Pero pronto advirtió que lo variopinto de las escenas que contemplaba desde las terrazas del paseo del Prado le impedía concentrarse, así que varió su plan inicial y comenzó a trabajar en el hotel Nacional.

Fue allí donde, una tarde, lo vio. Joan estaba sentada ante una mesa casi oculta por una gruesa columna. Distinguió unas risas a cierta distancia, voces de jóvenes. No lo podía creer. Uno de aquellos jóvenes era Martín Ugarte. Estaba acompañado por varios hombres de una edad similar a la suya. Los recuerdos de lo que habían vivido ambos en Tánger se removieron en su memoria.

Estaban bastante cerca, a unos diez metros, aunque la columna y dos mesas interpuestas ocupadas por otros clientes le dificultaban la visión. Él estaba sentado de perfil.

Joan dedicó unos minutos a observarlo. Había cambiado, y mucho. Fue lo primero que pensó. Recordó que en Tánger llevaba el pelo corto, como solían hacer los clérigos, pero ahora lucía una cabellera de largos cabellos ensortijados de color castaño que trataba de ordenar con

una media raya. Aquel joven atractivo pero enfundado en una sotana negra y raída que había conocido en Tánger se había convertido en todo un hombre; y muy muy apuesto.

Esa tarde, Joan se había despreocupado de su aspecto, así que pensó en subir a la habitación y cambiarse. Pero ¿y si Martín y sus amigos decidían abandonar el hotel mientras tanto? No, no lo creyó posible. Acababan de llegar, aún no habían pedido las bebidas y ella no tardaría: Había tenido tiempo de conocer los vericuetos del hotel, de modo que subiría a la habitación sin atravesar el amplio pasillo que ocupaban Martín y sus amigos y regresaría enseguida.

Quince minutos después, entraba en el amplio ascensor de madera de caoba maquillada como solía hacerlo si quería sentirse deseada, vestida con una falda ceñida y una camisola clara. Llevaba unos zapatos de tacón. Bajó al *lobby* y pasó junto a la mesa del grupo de jóvenes. Irguió todo lo que pudo su cuerpo en el preciso momento en que pasaba ante ellos con la mirada fija en el horizonte. Llevaba unas gafas de sol en la mano derecha.

Al pasar junto a los jóvenes, se hizo un silencio. Ella —con un gesto estudiado— caminó con decisión: dio varios pasos a la espera de que él la llamase por su nombre. Y así sucedió, después de unos segundos que le parecieron eternos.

—¿Joan?, ¿eres tú?

Se dio la vuelta con lentitud, como buscando la voz que la había reclamado entre las tres o cuatro mesas que había dejado atrás. Vio un hombre que, en pie, la miraba.

—¡Martín! ¡Martín Ugarte! ¡No me lo puedo creer! —exclamó exagerando una expresión de asombro.

Sí, era él. Al tenerlo frente a sí, a tan escasa distancia, se le hizo un nudo en la garganta.

—Joan, ¡qué sorpresa tan grande!

Ambos se saludaron con un beso en las mejillas y un abrazo sin dejar de mirarse a los ojos. Él trató de hilva-

nar algunas preguntas. La emoción y la sorpresa se lo impedían. No dejaba de mirarla. En sus pupilas aún había rescoldos de su primer encuentro con el sexo junto a esa mujer que tenía a menos de un metro.

Martín la invitó a sentarse. Sus amigos lo celebraron.

—Os presento a una buena amiga, Joan Alison. Nos conocimos en Tánger, hace unos cuantos años.

A la mente de Joan acudieron también los recuerdos: el atardecer en el mirador de Pericardis, la primera noche de sexo en la casa de Madeleine Didier, los suspiros del sacerdote durante sus noches de amor. Sonrió con toda la malicia e intención de que fue capaz. Lo miraba con una fascinación que no trataba de disimular.

Los jóvenes le preguntaron por su estancia en La Habana. Ella explicó que había recibido el encargo de escribir un guion para una película. No mencionó que era coautora del guion de la película *Casablanca*, que se había estrenado en la ciudad con el mismo éxito que en el resto del mundo. Martín Ugarte tampoco lo hizo.

La conversación discurría animada. Ella estaba exultante y cada mirada que dirigía al vasco era más intensa que la anterior. «¡Dios mío! Este hombre está guapísimo», pensaba para sí. Los amigos de Martín la invitaron a tomar un daiquiri: Matías, el barman, preparaba el mejor de la ciudad.

—¿Mejor que el del Floridita? —dijo ella.

—Mejor —respondió Thierry, que era de París y presumía de conocer la ciudad mejor que cualquiera de sus amigos.

—¿Qué hay de los mojitos de la Bodeguita del Medio? —insistió ella.

—Ambos son excelentes, aunque no le aconsejo mezclarlos —dijo Thierry, que llevaba dos años en La Habana y había fundado una academia, La Internacional, cuyo lema era «idiomas a su alcance, profesores nativos».

Joan se animó y pidió un daiquiri. Poco después de dar el primer trago, lo celebró.

—No sé si es el mejor de la ciudad, pero está riquísimo.

Al primero le siguieron un segundo y un tercero. Las horas corrieron como si fueran minutos. Los cuatro jóvenes le preguntaban a Joan por sus primeras impresiones sobre la ciudad, por el tiempo que pretendía quedarse o por si deseaba visitar ciudades del interior del país. Se había convertido en la gran protagonista de la reunión. Ella respondía con desparpajo. Martín participaba en la conversación con resolución y se reía con las ocurrencias de sus amigos. Parecían un grupo bien avenido: debían de tener una edad similar, entre los treinta y los cuarenta años.

Iban por el cuarto trago cuando un ruido de tacones llevó la mirada del grupo hacia la entrada. El presidente cubano, Fulgencio Batista, precedido por una docena de guardaespaldas, entró en el salón. Martín Ugarte y sus amigos no prestaron demasiada atención, como si estuvieran acostumbrados a contemplarlo. Ella exclamó:

—¡El presidente!

—El señor que manda en la isla —dijo Thierry.

Era la primera vez que Joan lo veía de cerca. Albert, otro miembro del grupo, intervino.

—No se extrañe, señorita Alison. El presidente viene a menudo al hotel.

Fulgencio Batista era alto, de frente amplia, y se peinaba hacia atrás. Vestía un traje oscuro cruzado y una corbata azul. Joan se fijó en su caminar decidido.

Thierry cambió el sentido de la conversación, como si no le interesase la presencia del dignatario. Empezó a tutearla.

—No puedo creer que no estés casada, Joan.

Los cuatro amigos la miraron.

—Esto me recuerda la pregunta que me hacían en Tánger a todas horas. No, no estoy casada, amigos míos —dijo mirando de reojo a Martín.

Se acercaron al grupo cuatro agentes del servicio de seguridad del presidente. Les pidieron la documenta-

ción. Joan Alison sacó del bolso su pasaporte norteamericano. Una vez revisados los pasaportes de los cinco, los agentes continuaron su trabajo en las mesas vecinas.

Hacia las nueve de la noche, Peter, otro de los jóvenes, propuso cenar en El Mismo. Él invitaba, era la mejor manera de dar la bienvenida a Joan. Ella aceptó con una sonrisa que Martín conocía.

La especialidad del restaurante era el pato salvaje con verduras salteadas. Aquella noche, El Mismo estaba lleno. Solo gracias a la amistad de Peter con el encargado del establecimiento pudieron conseguir mesa al cabo de un buen rato. Mientras esperaban, bebieron una copa de vino tinto en la barra.

Al filo de las doce de la noche, Joan pidió que dieran por terminada la velada. Estaba cansada. Y emocionada por el encuentro con Martín. Le hubiera gustado que el vasco la acompañase hasta el umbral de la habitación. Este guardó silencio.

Los jóvenes la dejaron en la misma puerta del *lobby* y quedaron en llamarla dentro de unos días para enseñarle La Habana. Martín se despidió de ella con sendos besos en las mejillas —que le rozaron la comisura de los labios— y una frase escueta:

—Que descanses, Joan.

La norteamericana entró en la habitación, abrió uno de los balcones y sintió el abrazo de la brisa marina. La presencia de Martín la sorprendió, no solo había ganado en apostura, recordaba el rostro de un joven algo aniñado aún y, sin embargo, descubría a un hombre hermoso, de facciones bien formadas y cabellera abundante y rebelde. ¿Y qué decir de sus maneras? No quedaban rastros de aquel clérigo asustado que apenas se atrevía a sostener la mirada. Durante el encuentro, ambos se dirigieron sin disimulo miradas comprometedoras.

No solo se había encontrado con Martín Ugarte, lo que la devolvía a recuerdos emotivos, sino que había conocido a otros jóvenes que se mostraban agradables con

ella. Y lo que había visto hasta ese momento de la ciudad, le gustaba. El Malecón la había impresionado. Larguísimo. Y, al fondo, el mar, plano, entre verde y azul. Jamás había visto una bahía tan hermosa. La brisa era suave y estimulante. Se veían barcos pequeños que pescaban en el horizonte.

Tuvo el presentimiento de que le aguardaban un buen número de emociones. Y ahí estaba Martín Ugarte. No conseguía quitárselo de la cabeza. Hizo memoria. Hacía once años que no se veían, desde 1942. Y estaban en 1953. Pero, si a un hombre le había sentado bien cumplir años, era a él.

Se miró en el espejo de la habitación. Era la clase de mujer que llamaba la atención y los hombres la deseaban. En Nueva York había dejado unos cuantos corazones rotos. Aquellos atractivos amigos de Martín la miraban con interés. Se acostó con el recuerdo de una velada sorprendente y espléndida.